

## CATARSIS DE UN DESARRAIGO

**Celia Rodríguez**

Verano de 1999. Srebrenica se lava la cara y entierra el esqueleto de una incansable guerra. Ahora, sus calles son pulcramente serbias dejando atrás los tiempos de Tito donde el 80% de los vecinos alababan a Allah y la mezquita opacaba el cristianismo. El alfabeto cirílico se impone barriendo las ruinas de una plaza sin rastro; donde nuevas casas, edificios, bares y restaurantes se erigen en manos de nuevos dueños, vigilados por una cruz ortodoxa que somete a la ciudad. Mientras, Aleksandra acaricia el paredón que antes era su casa, ahora sucio y mercader de recuerdos. La desgracia la ha cambiado: siempre se encuentra tensa, la sonrisa ya no le llena la cara y sus ojos están matizados en azul triste.

Apenas recuerda ya nada de ese día, tan solo vuelve a ella como un temblor en las rodillas y vértigo, un escalofrío que la atraviesa como un gemido al imaginar a su madre con un tiro en la frente. Tenía dieciocho años cuando los militantes de la hasta entonces VRS asesinaron a sus padres y a su hermano Milo. Había estado toda la mañana con Anna en el valle lavando la ropa. Ya era tarde y debía volver a casa para preparar la comida. Hacía calor, y además estaba muy contenta; en las noticias salía que Srebrenica era una de

las zonas “seguras” declaradas por la ONU, que contaba con el amparo de 400 cascos azules holandeses, que las potencias internacionales no dejarían que la locura continuase y que, finalmente, pronto terminaría todo. En ciertas ocasiones, se escuchaban rumores sobre un grupo paramilitar llamado los “Escorpiones” y su ansia de purificar la raza. No se lo tomaba en serio, ¡Vaya tontería! ¡Si todos eran hijos de la misma tierra!

- Pero estamos en guerra...- aunaba Papá.

Papá y Mamá siempre estaban nerviosos, ya no salían a la puerta, papá ya no iba al “salón del Té” del Tío Sasa, e incluso no dejaban a Milo salir de casa a no ser que fuera con algún familiar. Aleksandra, mientras tanto, vivía tranquila, no estaba en guerra. Cada mañana se levantaba, se lavaba, se vestía, se ponía su nikab y se disponía a realizar sus quehaceres; entre ellos, ayudar a Milo a aprenderse el Corán. Nunca habría pensado que esa sería razón suficiente para matarla.

Sin embargo, ese día notaba a todos inquietos. Al volver de lavar la ropa, confirmó su presentimiento. La puerta de casa estaba abierta y al cruzar el umbral, la ropa pasó a segundo plano. Estaba inmovilizada; y quieta durante horas, se mantuvo allí. Las rodillas le tiraban, su mente no cesaba de imaginar que todo había sido una broma y sus ojos retenían lágrimas que sacarían a flote el realismo.

A partir de ese instante, no dejó de llorar durante días, meses, no llegó al año. Aleksandra no recordaba cómo salió de ahí, quién y mucho menos, cómo había llegado a parar a otro lugar. Amaneció una mañana en un campamento en medio de un monte florido, al lado de un lago idílico, un oasis en medio de una humanidad enloquecida.

No obstante, solo se dejaba corroer por el rencor. Su familia había sido asesinada a manos del diablo. Allah nunca la volvió a satisfacer, si se había llevado a su familia ¿por qué la había dejado allí sola? ¿Por qué no los había salvado? ¿Por qué habían matado a un niño de nueve años con un tiro en la sien? Entre sollozos, el ansia de una muerte súbita la acunaba y le daba las

buenas noches. Le tentaba la muerte y se dejaba anegar por el deseo de un parnaso occidental.

Un año después dejó de llorar, con diecinueve años comenzó lo que sería a partir de entonces su nueva vida. Aquel aciago día, un año atrás, había sido encontrada acurrucada en el suelo junto al cuerpo sin vida de su anciano padre por Yani, un joven soldado holandés que estaba patrullando la zona en busca de víctimas. La familia de Aleksandra no había sido la única. Según le contó el soldado, un reorganizado ejército serbio al mando de Ratko Mladic realizaba cada vez mas ofensivas contra el ejercito de la comunidad internacional en ciudades como Sarajevo - ¡Ah, la intocable Sarajevo! - y la sobrepoblación en Srebrenica, como zona segura acreditada, y la falta de alimentos empezaron a dejar huella en la población civil siendo el objetivo perfecto para finiquitar la acción militar y erigir una purificada y nueva República Srpska. Aleksandra no había sido consciente de la gravedad de la situación en la que vivía hasta que la desgracia le afectó directamente. Sus padres no estaban inquietos, estaban aterrorizados. Sabían que el azar nunca se torna en favor de los indefensos. Ese año lo había pasado en la sede de un campamento militar en el Norte de Italia; donde, aparte de aprender italiano, había dejado atrás su ropa oscura y larga, su nikab le sirvió para no pasar frío en invierno y había empezado a notar su efecto en los hombres.

Aleksandra estaba yerma, sus sentimientos habían sido reducidos a ceniza y en ella solo imperaba la constante necesidad de supervivencia. En ese momento, conoció a Andreas. Andreas era un joven comerciante de buen porte que se quedó prendado del carácter etéreo de Aleksandra Pristina cada vez que iba a llevar suministros al campamento de Vergogniolo -en el Véneto- y ella inocentemente le miraba. Se fijaba en su tez, en sus mejillas sonrosadas y en sus fríos ojos azules. Al principio, Aleksandra se mostraba indiferente, aunque era evidente que Andreas era deseado por todas las mujeres que estuvieran a su alrededor. Poco a poco, Aleksandra se iba interesando más por él hasta que llego un día donde a causa del temporal, Andreas decidió pasar la noche en el campamento.

Dicen que la noche es la puerta oscura del alma, donde todos los miedos desaparecen y los sueños cobran vida; y para Andreas, no fue una excepción. No tenía sueño y decidió irse a tomar el aire fresco, todavía al estío le quedaba su último aliento. Sin embargo, al salir de la tienda, vislumbró a una chica sentada en el suelo con tan solo un camisón semitransparente. No le causó la mayor impresión, en tiempos de guerra el pudor era tan solo una excusa burguesa. Se giró, era Aleksandra. Silencio. No tenían nada que decirse, con mirarse ya era suficiente.

Desde esa noche, Aleksandra se sentía menos sola, al menos eso intentaba transmitir a Andreas. Pero no le quería, su amor seguía de luto y se sentía una traidora. Sus visitas no le despertaban la piel, ni su risa... Aleksandra se negaba a vivir. Pero Andreas no se daba cuenta, seguía embebido por su belleza y achacaba su indiferencia a cortesía eslava. ¡Vaya iluso! Pronto le propuso que se fueran a vivir juntos a Vila Alba. Aleksandra aceptó y le mostró un cínico rictus. Sobrevivir, esa era la cuestión, ¿no?

- ¡Qué felices seremos, mi amor ¡Te lo prometo, viviremos en una casa con un jardín lleno de flores y te querré siempre, como el primer día! Vas a ser mi reina, nunca te faltará de nada. - le decía entusiasmado Andreas.

La vida en Vila Alba estaba marcada por el costumbrismo típico y las grandes proporciones, ¡italianos! No era feliz, Andreas resultaba ser un completo aburrimiento o quizá, ella misma se había convertido en una aburrida. Había encontrado trabajo, tenía dinero, casa, novio y, aun así, seguía sintiéndose sola. Este no era su sitio. Cada mañana al levantarse, comenzaba una rutina desidiosa que la envolvía en apariencia y pintalabios. Nada quedaba ya de Aleksandra Pristína, hija de Adriañana y Josef, naturales de Srebrenica que cada madrugada le imploraban a Allah una vida dichosa. Gracias a los periódicos, descubrió que la guerra había terminado. Bosnia y Herzegovina ahora eran una república federal parlamentaria cuya constitución amparaba los derechos humanos. Los crímenes de guerra empezaron a salir a la luz: violaciones, asesinatos injustos y un gran genocidio. La Masacre de Srebrenica, lo llamaban. Ella estuvo ahí, lo vivió y, aun así, cada vez que lo anunciaban apartaba la vista. La culpa la tenían los

rusos, la culpa la tenía Ratko Mladic y su mano derecha, Radislav Krstic, la culpa... no le devolvería su vida.

Dos años hicieron falta para que la seguridad se diera por hecho y Aleksandra pudiera regresar a Srebrenica, a sus raíces. No se consideraba italiana, nunca se sentiría cómoda en un país donde la exuberancia y el cariño gratuito imperaban sobre la desconfianza y la amistad eterna. Cuando Aleksandra vio al coche de Andreas estacionarse en frente de casa, sintió que el útero se le retorció como si el cuerpo entero se le acalambrara. Iba a abandonarle, aunque era consciente que sin él nunca habría reaccionado a tiempo.

Andreas vio el rostro pálido y tenso de Aleksandra justo al entrar en casa. El tiempo no había pasado en vano, cada día estaba más bella en su sufrimiento. Sabía que no le amaba, pero él había llegado a quererla profundamente. Había aprendido a desear su desdén silencioso, su intransigencia hacia los extraños, su quietud en la cama... Había agradecido cada segundo su desgracia porque sin ella, Aleksandra nunca habría aguantado a su lado.

Esta mañana estaba diferente, Aleksandra generalmente hubiera preferido una bienvenida normal, discreta, íntima.

-Me voy – sentenció Aleksandra.

Se había transformado. Italia le había hecho autóctona, aunque ella no lo aceptara nunca. La vigorosidad al hablar de una cantante de ópera, los gestos manidos de un pescadero los sábados... nunca habían sido parte de ella, solo su azul triste en ojos maduros era reconocible.

- Siempre supe que no me querías. - reconoció Andreas derrotado.

-Lo sé. - aceptó resignada.

- Que te vaya bien - le brillaban los ojos con la animosidad propia de un macho cabrío.

-Te enviaré cartas.

Y se abrazaron eternamente y por primera vez desde que se conocieron, fue verdadero. Aleksandra comenzó a llorar, había enjaulado a un hombre magnífico encandilándolo con su desgracia intrínseca.

Verano de 1999. Había vuelto. Aleksandra acaricia el paredón que antes era su casa, ahora sucio y mercader de recuerdos. La desgracia le ha cambiado: siempre se encuentra tensa, la sonrisa ya no le llena la cara y sus ojos están matizados en azul triste. Había dejado atrás a Vila Alba, a Andreas, su trabajo, su casa, su seguridad, su apatía... y había decidido volver al sitio que la vio crecer. Esta vez, iba sin nikab, llevaba pintados los labios y en su bolso, llevaba un cheque con valor suficiente para construir una escuela. Ya no tenía hogar, pero había encontrado un refugio para sus miedos y había aceptado que antes que estar segura en Italia, prefería luchar cada día por una Bosnia donde la historia nunca fuera un recuerdo maldito. Odiaba a sus dirigentes, su inseguridad, su decadencia... y a la vez, amaba su ímpetu, su fortaleza, sus raíces, su pasión por reivindicar un territorio que siempre será suyo, incluso aunque Rusia, Ratko Mladic y Los "Escorpiones" permitieran un genocidio del que fue víctima. Esta guerra de exterminio nunca quedaría en agua de borrajas, al menos en las clases de historia de una pequeña escuela en el antiguo barrio musulmán de Srebrenica.